

Los intelectuales, la democracia y la educación

Entrevista con el filósofo Fernando Savater, junio de 2004

Fernando Savater (1947-) es probablemente el pensador español más conocido en la actualidad. Ha escrito más de cuarenta libros traducidos a muchas lenguas. Sus títulos más conocidos son *El valor de educar* (Ariel, 1996), *Ética para Amador* (Ariel, 1991) y *Política para Amador* (1992). Sus publicaciones más recientes son *El valor de elegir* (Ariel, 2003) y *El gran fraude* (Aguilar, 2004). Es catedrático de Ética en la Complutense en Madrid, pero actualmente es más conocido por sus libros y por sus intervenciones en el debate público por ejemplo a través de la página de opinión en *El País*.

P: Usted ha dicho que es una equivocación creer que los intelectuales son necesariamente inteligentes, que podríamos engañarnos por la homofonía entre las dos palabras.

R: Quisiera reservar la palabra intelectual para los que son capaces de responder con sentido común a los problemas que representa la realidad, que tienen una inteligencia práctica. Hay otros, que pueden ser brillantes desde cierto punto de vista pero que no sirven para organizar la vida. Al revés, pueden estar queriendo deslumbrar a los demás en vez de resolver problemas. Son como las prostitutas – viven de gustar. Buscan lo efectista, lo eficaz para crear una impresión fuerte, para deslumbrar. Hay también sabios importantes que no se interesan por los compromisos cívicos, pero quizá por la política interna de su universidad.

Los medios de comunicación

P: Usted ha sido nombrado para integrar una «comisión de sabios» que va a proponer cambios en la política de la televisión y la radio como servicio público. ¿Qué va a proponer?

R: Todavía sólo hemos tenido las reuniones preparatorias, así que es prematuro hablar de resultados. Sin embargo, podría comentar algunas tendencias preocupantes en los medios de comunicación. Los periodistas cada vez más usan materiales tomados de otros medios, es decir que el periodista no ha tenido acceso directo a la fuente. Ya que puede ser larga la cadena de textos que se apoyan el uno en el otro, suele ser casi imposible saber qué relación tiene la noticia con lo sucedido. El periodis-

ta y el locutor no son el soporte invisible sino que se convierten en su propio mensaje, en los protagonistas de la noticia, tal como decía McLuhan. El enfoque que se da a una noticia suele depender de cómo el periodista quiere posicionarse entre sus compañeros.

Además, en vez de contar o explicar un suceso, el periodista puede intentar dramatizarlo, como si se tratara de personajes en una obra de teatro y como si el periodista fuera el guionista. Un evento es presentado como el resultado de un enfrentamiento entre dos partes, aunque esto no corresponda a la verdad. Podríamos hablar de una «espectacularización» de la vida pública o de una «teatrocracia».

A mí me llaman a veces los periodistas para preguntar mi opinión sobre algo, pero no escuchan la argumentación sino que sólo quieren un sí o un no. Típicamente, quieren saber si coincido con el gobierno o no. No «qué pienso» sino «con quién estoy». Ésta es una manera de reducir el debate público al apoyo incondicional a cierto grupo político.

P: Si el debate público español está tan enfocado para ver si alguien está a favor o en contra del gobierno de turno, ¿significaría esto que hay cierta inmadurez intelectual entre los propios intelectuales o no?

R: Podría ser una huella del franquismo, lo cual sería una explicación pero no una excusa. Podría haber más interés en descalificar al otro que en escuchar sus razones. En su forma extrema, esta tendencia puede llevar a un tipo de «terrorismo intelectual» como por ejemplo la costumbre de tildar de «fascistas» a todos los que me llevan la contraria.

Democracia

P: Usted ha escrito sobre la relación entre laicismo y democracia. ¿Podría explicar cómo ve esa relación?

R: Para mí, la democracia significa una ética laica racional de los derechos humanos. El laicismo es importante porque la Constitución debe estar por encima de la religión. La constitución democrática debe permitir la pertenencia a una iglesia pero no convertir esa pertenencia en un deber. Sólo deben ser considerados delitos los que estén recogidos por el Estado en las leyes. Las normas de la religión es un asunto personal. La educación debe transmitir saberes verificables y válidos para todos. El gran peligro para la democracia son los ignorantes.

P: ¿En qué consiste el peligro de los ignorantes en una democracia?

R: Una persona que no tenga conocimientos, que no esté acostumbrada a pensar lógicamente y que no haya adquirido un vocabulario matizado para expresarse podría sentir la tentación de recurrir a la violencia. La convivencia democrática se basa en la capacidad de escuchar y de reaccionar ante otros grupos y de expresar sus demandas políticas. Si queremos evitar los peligros de la demagogia y de la violencia, tenemos que intentar educar a todos. La democracia es la educación permanente de todos por todos los otros y, en particular, la educación familiar y escolar debe ser una preocupación pública. En España, la gente sólo se interesa por la educación cuando tiene hijos en edad escolar. No se entiende que los jóvenes constituyen la sociedad futura y que, por eso, la educación nos concierne a todos.

Además, la ignorancia no siempre se ve como algo que hay que remediar cuanto antes para que la persona pueda ocupar su sitio entre sus iguales sino que se habla de una «sabiduría alternativa». Esto es un error. La ausencia de conocimientos se llama precisamente ignorancia. Yo, por ejemplo, tengo la vista mala, no una vista alternativa.

P: Usted ha criticado el relativismo, tan frecuente en el mundo de la educación. ¿Puede explicar por qué?

R: Si alguien cree que la verdad no existe, no puede educar; queda anulada la posibilidad de la educación. El niño necesita educación para dejar de ser niño y convertirse en un adulto igual a otros adultos. Si no es educado, si no deja la ignorancia de la niñez, no va a poder tomar decisiones acertadas ni

encaminar su vida en una dirección buena para él. Por eso, la idea de «proteger» la «inocencia» del niño y la del «todo vale» son conceptos emparentados con la manipulación porque dejan a los futuros ciudadanos sin la posibilidad de entender lo que les pasa.

Además, el mundo del conocimiento y el mundo de la democracia tienen algo en común y es que en ellos hay que defender las posiciones con argumentos. La costumbre de dar pruebas podría haber nacido en el campo jurídico para convertirse después en la base del pensamiento científico. La filosofía, la ciencia y la democracia son conceptos relacionados porque parten de la discusión entre iguales. También es por eso que no hay una filosofía hindú o china - son sabidurías y no filosofías.

Diferencialismo

P: Usted habla de «diferencialismo» en vez de «multiculturalismo». ¿Por qué?

R: La diferencia entre las personas es un hecho, pero la verdadera riqueza humana no es la diferencia sino, por el contrario, es la semejanza. Toda la modernidad es la introducción paso a paso de la igualdad. Ahora, hay intelectuales que mitifican lo diferente, probablemente por influencia de los antropólogos. Sin embargo, lo diferente no siempre es igual de bueno o mejor. Algunas diferencias son dignas de respeto y otras no.

Los que aprovechan la antropología son los diferentes nacionalismos que incorporan datos antropológicos, ciertos o no, en su propaganda. El nacionalismo es un diferencialismo que encierra a las personas en un círculo muy restringido de experiencias culturales, y no para el bien de los ciudadanos sino para que resulte más fácil controlarlos. Limitar los conocimientos y los contactos con otros es una manera clásica de controlar a una población. El nacionalismo se puede comparar a un tipo de privatización, porque convierte una parte de los servicios públicos en empresas «privadas» en el sentido de cotos reservados de empleo y recursos para un grupo particular. Los nacionalistas protegen las ventajas adquiridas como si fueran los bienes de la tribu y se niegan a compartirlos.

Otra influencia de la idea de lo diferente como bueno, también heredada de los antropólogos, es la idea que Occidente es la causa de todo y de que todo en Oriente es efecto de lo hecho por Occidente. Esto

no es cierto. Otros pueblos han tenido otros proyectos políticos, y es suya la responsabilidad por las consecuencias. Frente al Islam, hay intelectuales que parecen pensar que sólo nos toca enmendarnos y pedir perdón porque nos ponen bombas.

De los antropólogos viene también cierto desinterés por la civilización y, por el contrario, un gran respeto por diferentes culturas. Civilización sólo hay una, pero hay muchas culturas. En una cultura podrían pensar que no sólo los aviones sino también las alfombras pueden volar. Ciertas culturas creen en la magia, pero la civilización no. Algunas personas parecen pensar que es posible combinar de cualquier modo la tribu y la civilización pero no hay ninguna tribu con seguridad social y hospitales. Los indígenas no pueden vivir separados del mundo y ser, a la vez, ciudadanos como los demás de una sociedad tecnológicamente avanzada.

P: ¿Por qué han tenido tanta influencia los antropólogos, si la modernidad es la igualdad y la racionalidad?

R: Los antropólogos viven de estudiar la diferencia y en especial se interesan por lo ancestral. La antropología ha despertado el interés de diferentes grupos que han encontrado en ella la justificación de posturas ya adoptadas, grupos como una cierta izquierda «antisistema» compuesta por comunistas reciclados.

Defender al Estado

P: ¿Por qué hay que defender a la democracia y al Estado de Derecho?

R: En los países democráticos, la democracia es algo tan natural que parece formar parte de la naturaleza. Es como el aire y el agua. Los habitantes de los países democráticos ven los defectos pero no las ventajas. No entienden que ya viven en algo que para gran parte de la humanidad es una utopía, un sueño. En vez de defender al Estado que les ha tocado en suerte, muchos intentan desprestigiarlo. Se insiste en los escándalos pero no se dice que los escándalos parecen tales porque existe una idea generalizada de lo que debe ser la conducta en un Estado de Derecho.

En España, la falta de defensa del Estado de Derecho se ve claramente en la complacencia con la violencia de ETA. Al leer a ciertos periodistas, parecen más culpables los guardias civiles matados que los

etarras que les pusieron la bomba. Un cantante vasco puede apoyar a «los presos» sin ser denunciado por solicitar simpatía para asesinos. Cantantes vascos organizan ahora conciertos para homenajear a las víctimas de 11-M pero no para las víctimas de la violencia en el País Vasco. En el festival de cine de San Sebastián, ningún cineasta se pronuncia contra ETA. Cuando Francia critica a ETA y las películas francesas desaparecen de la pantalla, tampoco hay protestas. En resumen, estas personalidades del mundo artístico eligen no defender al Estado de Derecho - pero reclaman subvenciones.

Si comparamos las manifestaciones contra el atentado del 11-M y las que se han convocado en el País Vasco para protestar contra ETA, las manifestaciones contra el 11-M, multitudinarias, eran más bien folklóricas porque los manifestantes no se exponían a ningún riesgo más que el de llegar tarde a cenar. Los manifestantes podían pasar por comprometidos sin exponerse a ningún riesgo y sin aceptar responsabilidades.

Otro absurdo es que un intelectual que haya colaborado con el gobierno sea tratado con desprecio. Un demócrata debería colaborar con todo gobierno democrático que le pida su ayuda, pero también criticar al mismo gobierno, claro, si hay alguna razón para hacerlo. La democracia no es una garantía de no cometer errores pero contiene mecanismos para rectificar una decisión desacertada.

Algunos intelectuales parecen pensar que la función del intelectual es criticar permanentemente a las instituciones públicas, sean como sean, lo cual es una actitud leninista. La costumbre de culpar automáticamente al Estado o al gobierno ha sido especialmente absurda en dos casos este último año. Si uno lee a ciertos periodistas parece que el criminal del 11-M es Aznar y que también fue él el responsable del hundimiento del *Prestige*.

La política y la ética

P: ¿Cómo es posible que haya tantos intelectuales que no sólo no colaboran con el proyecto democrático sino que apoyan posiciones que corresponden al puro nihilismo o a la anarquía?

R: El fenómeno podría relacionarse con la corriente libertaria del 68. Eso de renegar de los límites podría ser una manera de halagar a los jóvenes. Está de moda un adulto «joven», infantilizado, que podría

querer acercarse a la inmadurez del adolescente en vez de educarle a éste para que se haga adulto y responsable.

He observado también que la palabra «político» se ve menos que antes. De pronto, el vocablo se ha convertido en despectivo. Se dice: «Es una opinión política» como si esto fuera algo malo, lo cual es absurdo. Hay muchas decisiones necesarias y excelentes que se toman por razones políticas. El desafecto ante la política podría estar relacionado con el desafecto ante las leyes. La política a nivel nacional consiste en buena parte en legislación. Se cree que las leyes obstaculizan la libertad cuando, por el contrario, las leyes establecen límites que protegen a los ciudadanos y dentro de los que pueden sentirse libres. La actual simpatía por la ética podría ser una consecuencia de este desafecto por la política, pero quizá porque la ética es percibida como algo libre, personal.

P: ¿Cómo se enseña la ética a los jóvenes?

R: Hay que introducirlos a la reflexión sobre la libertad. Los jóvenes son libres pero tienen que decidir en qué van a utilizar su libertad. No se trata de transmitir cierta idea sino la idea de que hay que reflexionar para no equivocarse en las decisiones. Esto es lo contrario de la introducción de materias transversales en el colegio. Si se enseña la «respuesta correcta» desaparece la reflexión. En vez de enseñar a los alumnos lo que deben pensar sobre la igualdad entre hombre y mujer, la ecología, el Tercer Mundo y la pena de muerte, hay que acostumbrarlos a reflexionar, a dar argumentos para apoyar sus puntos de vista.

La lectura

P: Usted se ha convertido es un defensor de la lectura. ¿Por qué?

R: Primero, hay una conexión entre la lectura y la ética. Las personas entendemos mejor los dilemas éticos en un contexto narrativo. La lectura nos ayuda a prepararnos para las decisiones que vamos a tener que tomar en nuestra vida cotidiana. Contemplando las consecuencias de las decisiones a través de los avatares de los protagonistas, aprendemos.

La lectura también está relacionada con el acto de escuchar a otras personas, algo muy importante. Hay que confrontar las ideas propias con las de otras

personas para no encerrarse en posibles equivocaciones. Por eso es negativa la tendencia actual de sacralizar la opinión. En vez de insistir en la obligación de respetar la opinión del otro, deberíamos insistir en que hay que escuchar al otro y estar preparado a argumentar con él, y él con nosotros.

Por todo eso, es importante defender la lectura. Básicamente se aprende leyendo, ya que leer es casi pensar. La lectura te abre perspectivas, te predispone para escuchar a otros y amplía tu vocabulario, lo cual te pone en condiciones de expresarte mejor. En una palabra, la lectura es la base de una buena vida personal y de la convivencia democrática. Hay una conexión entre lectura, conocimiento, democracia y civilización.

P: Para volver al comienzo, usted ha esbozado una explicación de las limitaciones de ciertos intelectuales. No escuchan ni leen a los que piensan de manera diferente de la suya ni tampoco estamos dispuestos a sopesar la argumentación a favor de otras posiciones. Se repiten fórmulas en vez de desarrollar pensamientos. Para evitar que el público resulte influido por posiciones distintas de las propias recurren o usan la táctica de la descalificación. Lo contrario, la conducta ética y democrática en el debate público, sería pedir siempre argumentos, preguntar siempre «¿por qué?».

R: Además, hay que mencionar a los muchos intelectuales que no quieren «mojarse», cuando se trata de temas políticos. La decisión de no defender a la democracia o al Estado de Derecho no es lo mismo que atacarlos pero significa dejar el campo libre para los que sí quieren destruirlos. A esos intelectuales los llamo yo «canallas light».

Inger Enkvist

Catedrática de filología hispánica
Universidad de Lund, Suecia